

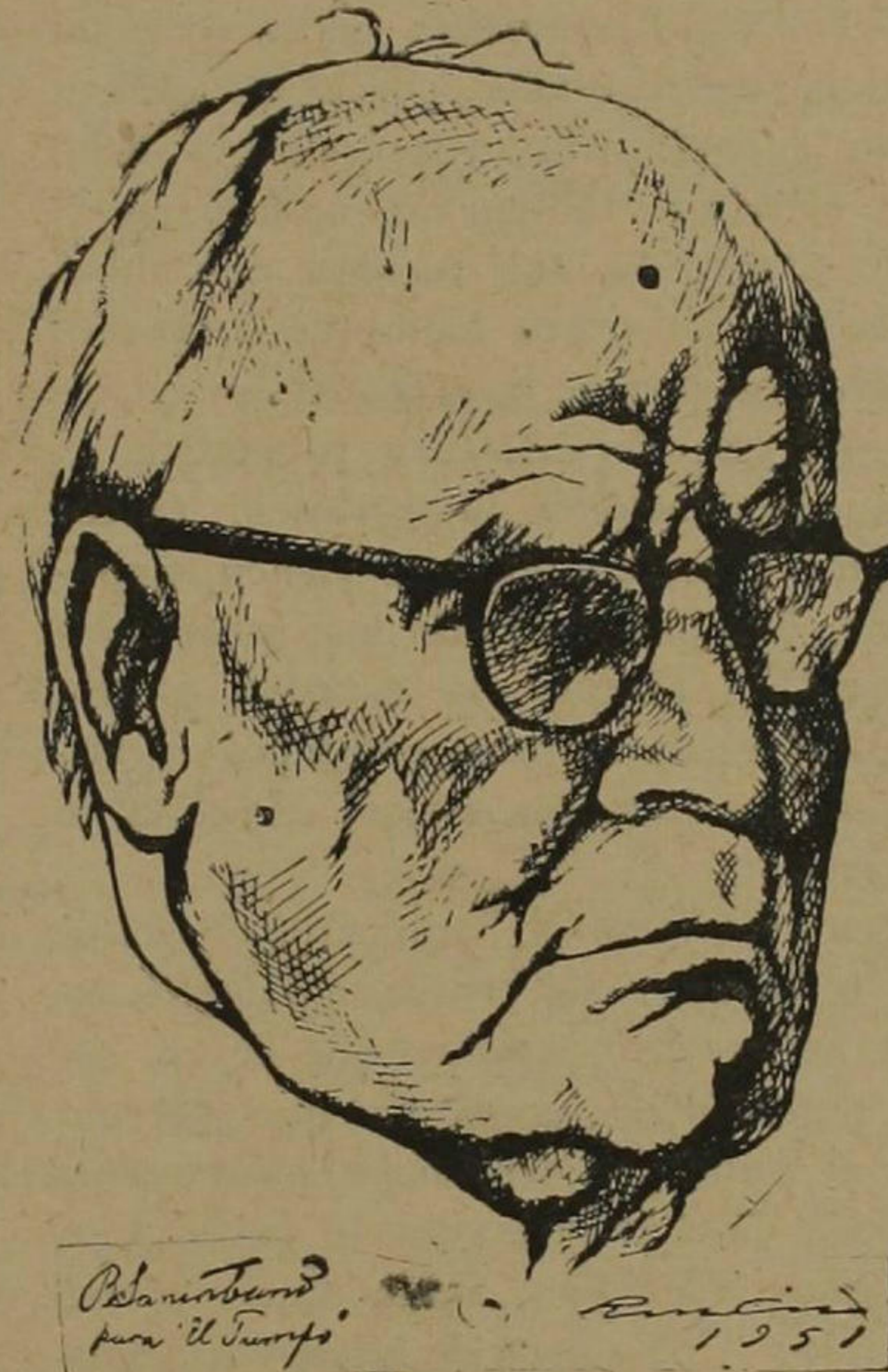
B. Sanín Cano y sus 92 años

(De *El Plata*. Montevideo. 14 enero 1955)

El gozo que tiene el alpinista ante la cumbre más alta de una montaña, no iguala a lo que disfrutamos nosotros contemplando una cumbre moral. Si se trata de un alto valor del país, nosotros, que rehuimos ya el trato de tanta gente, lo buscamos. Y si vive en el extranjero —el caso del venerable Baldomero Sanín Cano— lo seguimos allí donde dejó un luminoso rastro. Esta vez en el "Repertorio Americano", revista de otra figura proyecta periodística admirable: J. García Monge, ejemplo de constancia y de entereza allá en Costa Rica.

Sanín Cano es, realmente, un maestro de periodistas. En "El Tiempo" de Bogotá, sus artículos son lecciones. En Buenos Aires, donde "La Nación" lo retuvo tanto tiempo, hubo que reconocer que si la pluma brillante significaba mucho, el valor moral del hombre que la sostenía importaba aún más. Sanín Cano volvió a Colombia, su patria, ante la consideración (y esto hállase por encima de la admiración) de lo más selecto de la intelectualidad argentina.

Sanín Cano, que va a cumplir 93 años, está en la plenitud de su talento. Es curioso observar cómo los hombres que más influencia ejercen en este instante, en todo lo que significa cultura y progreso, pasan de los 80 años. Einstein en



B. Sanín Cano

la ciencia, Bertrand Russell en la filosofía, Churchill en la política, Sibelius y Toscanini en la música... Véase aquí a Vaz Ferreira, inmovible en sus aportes psicológicos y sociales.

Figuras que se nos nimban de belleza, pues como decía Afranio, "los mejores atuendos de la vejez son la inteligencia y el saber".

En la página de Sanín Cano que tenemos a la vista, el admirable viejo surge lleno de fe. El sabe que en tiempos de la bomba atómica, la vida está llena de peligros, ya que el mundo aparece dividido en dos campos en apariencia irreconciliables y pavorosamente equipados para la destrucción. Pero su experiencia, o acaso su fino instinto, le dice que "una presión espiritual creciente se opone con caracteres de fuerza cósmica" a esa lucha inhumana. Los hombres harían cualquier locura. Pero hay algo superior que los traba, que los contiene. Oídle este ejemplo:

"Los instintos destructores de la gente perversa que se aglomera con el tiempo en las grandes ciudades, habría destruido a Bogotá, abandonada de sus autoridades y de la ley de la razón, el 9 de abril de 1948 si la naturaleza benévola no hubiera suspendido la voracidad

(Concluye a la vuelta)

Tal vez por eso juega McCarthy como un payaso inconsciente de que el arma que tiene en las manos puede matar a un pescador solitario en el Pacífico tanto como arrancar de sus cimientos de roca la ciudad de Nueva York.

Bien sé, bien sabéis que el pueblo soviético trabaja día a día por ahorrar al pueblo norteamericano esa experiencia terrible, no por cierto afrontando otra vez en su profundo seno una nueva guerra, sino impidiendo para siempre que haya guerras en el mundo. Junto al pueblo soviético, junto a su gobierno, mirad a millones y millones de seres humanos: todos los hombres y mujeres que arderían en ese nuevo incendio y que quieren vivir, trabajar, crecer, amar, soñar en paz.

Vuelvo los ojos hacia la América nuestra, la de Juárez, la de Martí, la de Prestes, la de Recabarren... ¿Por qué va Chile, desde su cobre dramático, cantando por la voz profunda de Pablo Neruda, hermano mío, por qué va a entregar su manto para que se quemé como un aceite tremendo y alumbre el vuelo del águila imperial? Y el Brasil angustioso, que

tiene bordes de corazón, el Brasil que nos dió a Jorge Amado, cuya pluma escribe con sangre y cacao, con sangre y café, con sangre y sangre ¿cómo podrían brindar sus hombres hambrientos, escuálidos, coléricos para defender el bárbaro foete que los azota? Pienso en Cuba, y se levanta Marinello, hijo de Martí, con su noble cabeza llena de sueños, golpeado y firme, como un acantilado. Y pienso en Sanín Cano, maestro de Colombia, en lo alto de su grávida existencia, como en un trono, Pero me acuerdo también de Paul Robenson, preso en una doble cárcel, la de hombre negro y la de norteamericano amigo de su pueblo —vale decir, adversario de su gobierno— cuya voz, solamente su voz, estuvo a visitarnos en este congreso y cuya máscara estatura está hecha a la medida de su espíritu.

Nuestra América es hoy un vasto sembrado de látigos, como en el siglo xvii. Un campo de esclavitud regido por el imperialismo. La América petrolera, bananera, chiclera, salitrera, cañera, cafetera; la América que salió de España y Portugal para entrar en los Estados Unidos, se desangra en los bosques y en las minas, pero se incorpora y avanza, cu-

bierto el pecho de cicatrices de bala y puñal, el corazón palpitante de amor a la libertad.

Esa América no irá a la guerra.

Piensa el imperialismo en nosotros como en una fuente de inagotables recursos para sus ejércitos, desde el sudor del obrero hasta la pezuña de la bestia.

Pero no piensa que nosotros pensamos.

El orgullo le tapa los ojos ante nuestro puño implacable; no oye la canción optimista que sube del fondo de nuestra miseria. Mas tendrá que vernos y nos tendrá que oír.

Por esa América inmediata y madura brindo yo estas palabras y levanto mi copa, llena de un vino espiritual. Gracias, amigos míos. Gracias en mi nombre y a nombre de mi pueblo. Porque este premio pertenece como a nadie al pueblo cubano, que ama a la Unión Soviética y tiene una larga tradición de lucha democrática. El pueblo de cuyo perfil soy apenas un rasgo suelto; brizna escapada de un vasto dolor; eco débil de una ardiente, poderosa y dramática voz.